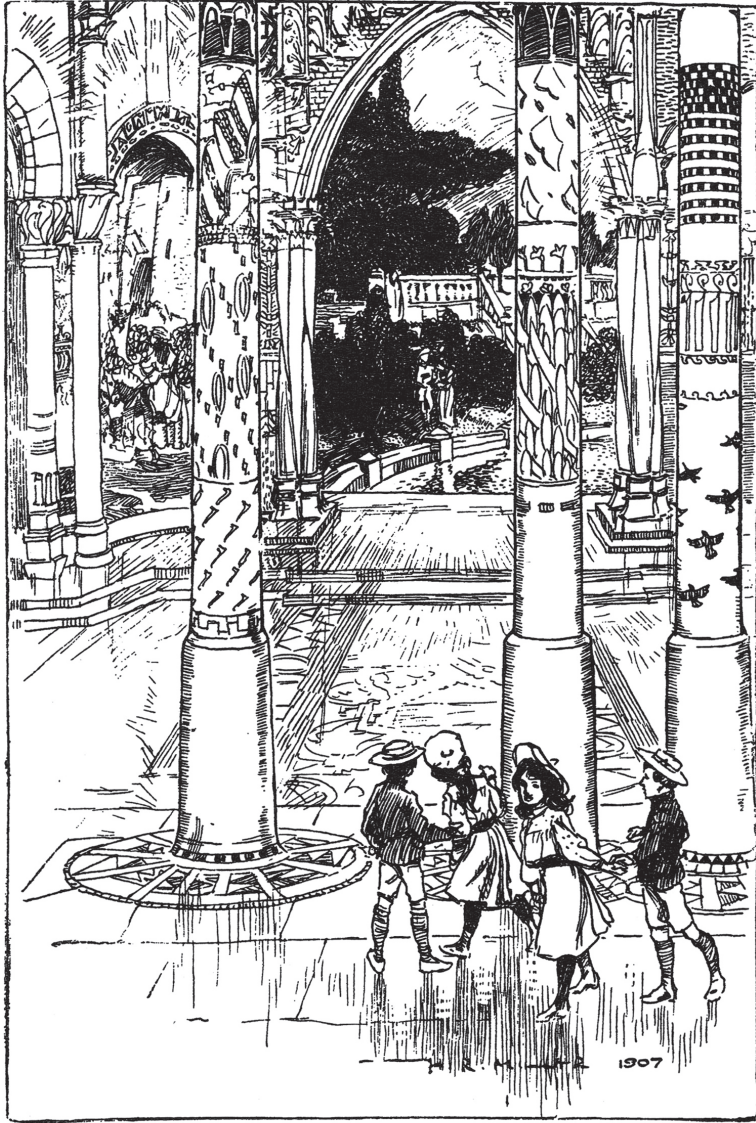






El castillo encantado



Edith Nesbit

*El castillo
encantado*

Ilustrado por H. R. Millar

Traducción y notas
Nuria Reina Bachot

EL PASEO, 2017

Título original: *The enchanted castle* (1907)

© de la traducción y notas: Nuria Reina Bachot, 2017

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2017

www.elpaseoeditorial.com

Primera edición: marzo de 2017

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)

Corrección: Deculturas, S.C.A.

Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-945509-9-7

DEPÓSITO LEGAL: SE-503-2016

CÓDIGO BIC: YFA; FC

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor.

Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

A
MARGARET OSTLER,
con amor de
EDITH NESBIT

Peggy, viniste del páramo y el brezal,
y trajiste su esencia a mi zaguán;
trajiste la flor de la juventud
para dejarla volar en el Soho latino.

En nombre de la magia aquí te envió,
querida Peggy, una historia de hechizos.
Una muestra de mi obra, un trozo de mi corazón...
Ese trozo que dejaste al separarnos las dos.

25 de septiembre, 1907.
Royalty Chambers, Soho, Londres.



Capítulo 1

Eran tres: Jerry, Jimmy y Kathleen. Por supuesto, Jerry venía de Gerald y no de Jeremiah, lo creas o no; y Jimmy venía de James; y a Kathleen casi nadie la llamaba por su nombre, sino Cathy o Catty o Gatita, cuando sus hermanos estaban de buenas, y Gata Salvaje, cuando no lo estaban. Y todos iban a una escuela de un pueblecito situado al oeste de Inglaterra; bueno, los chicos a una escuela, por supuesto, y la chica a otra, porque la acertada costumbre de juntar chicos y chicas en la misma escuela no es tan común como yo espero que lo sea algún día. Solían reunirse los sábados y los domingos en casa de una amable señorita, pero era una de esas casas en las que es imposible jugar. Ya sabes a qué tipo de casa me refiero, ¿verdad? Hay algo en este tipo de casas que hace imposible hasta mantener una charla cuando te dejan a solas y lo de jugar se convierte en algo forzado y artificial. Así que anhelaban las vacaciones con todas sus fuerzas, pues volverían a casa y podrían pasar todo el día juntos, en una casa donde jugar era algo natural y se podía charlar sin problemas y donde los bosques y los campos de Hampshire ofrecían un montón de cosas interesantes que hacer y otras tantas para ver. Su prima Betty también estaría allí y ya habían hecho algunos planes. La escuela de Betty terminaba antes que la suya, por eso Betty era la primera en llegar a la casa de Hampshire, pero en cuanto llegó, cogió el sarampión, así que al final mis tres niños se quedaron con las ganas de volver a casa. Os po-

déis imaginar cómo se sentían. El solo pensamiento de pasar siete semanas en casa de la señorita Hervey se les hacía algo insoportable y los tres decidieron escribir una carta a los suyos, contándoles cómo se sentían. Sus padres se quedaron muy sorprendidos, pues siempre habían pensado que los niños estaban encantados de ir a casa de la señorita Hervey. Sin embargo, «valoraban la invitación» —tal y como dijo Jerry—, y después de un montón de cartas y telegramas se acordó que los chicos podrían ir a la escuela de Kathleen donde ahora ya no quedaban ni chicas ni profesoras, excepto la de francés.

—Desde luego, antes que ir a casa de la señorita Hervey, esto es lo mejor —dijo Kathleen cuando los chicos insistieron en preguntar a Mademoiselle cuándo podrían ir—; y además, nuestra escuela es mucho más bonita que la vuestra. Nosotras sí tenemos mantelitos en las mesas y cortinas en las ventanas y vosotros sólo tenéis un montón de pizarras, pupitres y tinteros.

Cuando los chicos se fueron a hacer el equipaje, Kathleen se dispuso a engalanar las clases tan bien como pudo, colocando flores en jarritas de mermelada, en su mayoría caléndulas, pues no había otra cosa en el jardín de atrás. Había geranios en el jardín de la entrada y calceolarias y lobelias; pero, como era de suponer, tenían prohibido coger estas flores.

—Habría que pensar algún juego para las vacaciones —dijo Kathleen cuando terminaron de tomar el té y ya había deshecho el equipaje y colocado la ropa de sus hermanos en las cómodas de colores, sintiéndose muy mayor y protectora mientras la disponía en pequeños montoncitos y la guardaba en los cajones con mucho cuidado y mimo—. Podríamos escribir un libro.

—Tú sola no puedes —dijo Jimmy.

—No me refiero a escribirlo yo por mi cuenta, por supuesto —dijo Kathleen, un poco ofendida—, me refiero a escribirlo entre todos.

—Buah, demasiado engorro —dijo Gerald enseguida.

—Si escribiéramos un libro —insistía Kathleen—, contando cómo son las escuelas realmente, la gente lo leería y vería lo listos que somos.

—Lo más probable es que nos acabaran echando —dijo Gerald—. No; tenemos que jugar fuera; a bandidos por ejemplo o algo así. No estaría nada mal agenciarse una cueva y llevarnos provisiones y comer allí.

—Aquí no hay cuevas —dijo Jimmy, al que le encantaba llevar la contraria a todo el mundo—. Y además, tu querida Mademoiselle no nos iba a dejar salir solos, me apuesto lo que sea.

—Bueno, ya veremos —dijo Gerald—. Iré a verla y hablaré con ella tal y como lo haría un padre.

—¿Con esas pintas? —dijo Kathleen señalándolo con desprecio, y Gerald se miró en el espejo.

—Vale, a nuestro héroe no le vendría mal lavarse la cara y las manos y pasarse un cepillo por el pelo y por la ropa, pero eso está hecho en un periquete —dijo Gerald, y se marchó a transformar sus palabras en hechos.

El chico que llamó a la puerta del salón donde Mademoiselle se hallaba sentada leyendo un libro de cubierta amarilla y pensando en trivialidades, era un chico resplandeciente, delgado y de pelo castaño y con muy buena planta. Gerald era capaz de convertirse en alguien muy apuesto en menos que canta un gallo, una hazaña muy útil cuando había que tratar con mayores desconocidos. Aquello era pan comido, no había más que abrir esos ojos grises y grandes, y languidecer la comisura de sus labios y mostrar una expresión caballerosa y de súplica, semejante a la última del pequeño Lord Fauntleroy,* el cual, por cierto, ahora debía de ser bastante mayor y un mojigato inaguantable.

* Little Lord Fauntleroy, personaje central de *El pequeño Lord*, novela de Frances Hodgson Burnett, escrita en 1886.

—*Entrez* —dijo Mademoiselle con un estridente acento francés. Así que entró.

—*Eh bien?* —dijo en un tono impaciente.

—Espero no molestarla —dijo Gerald, que parecía tener en la boca una nuez de mantequilla, pero sin derretir.

—No, no —dijo intentando suavizar aquello de alguna manera—. ¿Qué te trae por aquí?

—Había pensado que sería una buena idea venir a saludarla —dijo Gerald—, ya que es la señora de la casa.

Acto seguido le tendió su mano recién lavada, aún húmeda y enrojecida. Ella la aceptó.

—Eres un muchacho muy educado —dijo.

—No es para tanto —dijo Gerald, más educado que nunca—. Lo siento mucho por usted. Tiene que ser horrible tener que cuidar de nosotros en vacaciones.

—Qué va —replicó Mademoiselle—. Estoy segura de que sois muy buenos chicos.

El gesto de Gerald le dejó claro que tanto él como sus hermanas serían prácticamente unos angelitos, tanto como podían serlo unos niños de este mundo.

—Lo intentaremos —dijo muy serio.

—¿Puedo hacer algo por vosotros? —preguntó la institutriz francesa amablemente.

—Oh, no, gracias —dijo Gerald—. No queremos causarle más problemas. De hecho, estaba pensando que tal vez le quitaríamos un peso de encima si mañana nos fuésemos al bosque a pasar el día y nos lleváramos algo frío para comer, ya sabe, para no andar molestando a la cocinera.

—Qué considerado —dijo Mademoiselle con frialdad. Entonces Gerald sonrió con los ojos; era capaz de hacer este truco cuando sus labios mostraban un gesto serio. Mademoiselle se percató del guiño y se echó a reír y Gerald también.

—¡Pequeñajo embustero! —dijo—. ¿Por qué no me dices desde el principio que no queréis *surveillance* o, como decís



—¡Pequeñajo embustero! —dijo.

vosotros «vigilancia», sin necesidad de fingir que te preocupas por mí?

—Hay que tener cuidado con los mayores —dijo Gerald—, pero de todas formas no estaba fingiendo. No queremos causarle problemas ni queremos...

—Causarle problemas. ¡*Eh bien!* A ver, ¿vuestros padres os permiten este tipo de salidas al bosque?

—Oh, sí —dijo Gerald siendo honesto.

—Entonces no voy a ser yo más ogro que vuestros padres. Avisaré a la cocinera. ¿Estás contento?

—¡Ya lo creo! —dijo Gerald—. Mademoiselle, aquí tiene un siervo.

—¿Un siervo? —insistió—. ¿Un venado?

—No, que estoy *en... enchanté*, pero *enchantado* a base de bien. Y ya le digo que no se arrepentirá. ¿Hay algo que podamos hacer por usted, ayudarle a hacer ovillos o buscar sus lentes o...?

—¡El chico me tiene por una abuelita! —dijo Mademoiselle, riéndose como nunca—. Anda, vete ya y no seas más travieso de lo que está mandado.

—Bueno, ¿y qué tal fue? —le preguntaron los otros.

—Ya está todo arreglado —dijo Gerald con cierta indiferencia—. Ya os dije que era pan comido. El cándido joven se ganó el aprecio de la institutriz venida de otras tierras, alguien que en su juventud debió de ser toda una belleza en su humilde pueblo.

—Pues yo no creo que ella fuese así. Es demasiado seca —dijo Kathleen.

—Ay, amiga —dijo Gerald—. Eso es porque no sabes cómo tratarla. Conmigo no ha sido seca.

—A mí me parece que eres un cuentista, ¿o no? —dijo Jimmy.

—No, soy un dip... ¿cómo se dice? Algo parecido a em-

bajador. *Diplosomático*, eso es lo que soy. Y de todas maneras ya tenemos apañada nuestra excursión y si no encontramos una cueva en todo el día, dejo de llamarme Jack Robinson.

Mademoiselle, mostrándose más encantadora que nunca —al menos según Kathleen—, presidió la cena, en la cual se había dispuesto el pan y la melaza con bastantes horas de antelación y ahora ambos estaban más duros y secos que la mojada. Gerald, haciendo alarde de buenos modales, le pasó a Mademoiselle la mantequilla y el queso y le insistió en que probase el pan y la melaza.

—¡Santo Dios! ¡Es como masticar arena del desierto! ¿De verdad os gusta esto?

—No —dijo Gerald—, no nos gusta, pero no está bien visto que los chicos hagan comentarios sobre el sabor de la comida. ¡Para que vea!

Mademoiselle se echó a reír, pero desde aquella noche ya no hubo más pan seco ni melaza para cenar.

—¿Pero cómo lo haces? —le susurró Kathleen llena de admiración mientras se daban las buenas noches.

—Oh, es muy fácil una vez que has conseguido que un adulto te conozca realmente. Ya verás, a partir de ahora la voy a tener comiendo de mi mano.

A la mañana siguiente, Gerald se levantó temprano y cogió un manojo de claveles rosas de una planta que había encontrado escondida entre las caléndulas. Los ató con un lazo de algodón negro y los dejó en el plato de Mademoiselle. Al verlos se sonrió y optó por colocárselos en el cinturón; estaba muy guapa.

—¿A ti te parece bonito —preguntó Jimmy un poco más tarde— comprar a la gente con flores y otras cosas para que te dejen hacer lo que te dé la gana?

—Eso no es así —dijo Kathleen de repente—. Sé lo que Gerald pretende, sólo que yo nunca tomo esas decisiones cuando toca. Mira, si quieres que los mayores sean agradables

contigo, lo mínimo que puedes hacer tú es ser agradable con ellos y obsequiarles con pequeños detalles. A mí estas cosas no se me ocurren, pero a Jerry sí; por eso las señoras mayores están encantadas con él. Es algo honesto, como pagar por algo.

—Bueno, de todas formas —dijo Jimmy dejando de lado la cuestión moral—, hemos conseguido una increíble excursión al bosque.

Y sí que lo fue.

La espectacular Gran Avenida, incluso a hora punta de la mañana, emanaba la quietud de una calle dormida, recostada bajo los rayos del sol. Las hojas de los árboles brillaban por la lluvia de la noche anterior, pero la carretera estaba seca y al roce del sol las motitas de polvo resplandecían como diamantes. Las hermosas casas antiguas, aún en pie y robustas, parecían estar tomando un baño de sol y disfrutando de lo lindo.

—¿Pero aquí no había un bosque? —preguntó Kathleen mientras pasaban por el mercado.

—Qué más da lo del bosque —dijo Gerald soñando un poco—, seguro que encontramos algo. Un tipo me contó que su padre, cuando era un chaval, solía ir a una pequeña cueva que está bajo el banco, en una ruta cerca de Salisbury; pero, bueno, también dijo que allí había un castillo encantado, así que tal vez lo de la cueva tampoco sea cierto después de todo.

—Si pudiéramos conseguir unos cuernos —dijo Kathleen—, y sopláramos muy fuerte, como si no hubiera mañana, tal vez encontraríamos el castillo mágico.

—Si tienes dinero para malgastarlo comprando unos cuernos... —dijo Jimmy con desdén.

—Pues sí lo tengo, mira tú por donde. ¡Ea! —dijo Kathleen. Y compraron los cuernos en una tiendecita cuyo escaparate estaba repleto de un revoltijo de juguetes y dulces y pepinillos y manzanas ácidas.